

BIBLIOTECA
TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA



erein

LA VOZ DE LUG

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

1.ª edición: Octubre de 2024

Diseño de la colección y portada: Aritz Albaizar
Maquetación: Erein

© Toti Martínez de Lezea
© EREIN. Donostia 2022
ISBN: 978-84-9109-980-2
D.L.: D 860-2024

EREIN Argitaletxea
Tolosa Etorbidea 107
20018 Donostia
T 943 218 300
e-mail: erein@erein.eus
www.erein.eus    

Imprime: Gertu inprimategia
Zubillaga industrialdea, 9
20560 Oñati, Gipuzkoa
T 943 783 309
e-mail: gertugrafika@gmail.com
www.gertu.net

BIBLIOTECA
TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

LA VOZ DE LUG

Breve comentario para seguir mejor el relato

La ASTURIA que mencionan los escritores romanos, ya que no se sabe cómo se llamaban a sí mismos sus propios pobladores, era la región bañada por el río ASTURA, el Esla actual. Los escritores romanos llamaron ASTURES AUGUSTANOS a los habitantes de las actuales provincias de León y de Zamora, ASTURES TRANSMONTANOS a los de la zona al norte de la Cordillera Cantábrica, entre los ríos Navia y Sella y CÁNTABROS a las tribus que ocupaban la región que iba desde la orilla este del Sella hasta los montes Pirineos y, más concretamente, a los pueblos que se hallaban entre el Sella y el Pisuerga.

Los astures estaban divididos en tribus y éstas en clanes. Así, cuando se habla de los CILÚRNIGOS –fabricantes de calderos de bronce– se está hablando de los habitantes de NOEGA –Xixón– que, a su vez, pertenecían a la tribu de los LUGGONES.



NAILOS

LUCUS

MONS MEDULIUS

ASTURIC

AST
SIGLO



NOEGA

SALIA

ASTURUM

JULIOBRIGA

MONS VINDIUS

LEGIO

LANCIA

TVERIO

ASTURA

TURIA
O I A.C.

Lugares

Astura, río	río Esla
Astúrica	Astorga
Emerita Augusta	Mérida
Gadir	Cádiz
Gigia	Xixón
Iuliobriga	Reinosa
Lancia	Villasasiego, al sur de la ciudad de León
Legio	León
Lucus Asturum	Oviedo
Nailos, río	río Nalón
Noega	castro de Xixón
Olisipo	Lisboa
Pirene, montes	Pirineos
Salia, río	río Sella
Segisama	Sesamón (Burgos)
Tarraco	Tarragona

25 a.C.

La voz de los cuernos retumbó por los valles, voló por encima de los montes, atravesó los desfiladeros, vadeó los ríos y llegó a todos los confines de la tierra de los astures. Su mensaje era claro para todo aquel que conociera su significado: el enemigo se había puesto de nuevo en marcha.

Los vigías ascendieron a las cimas de las montañas, escalaron las paredes rocosas de las cumbres y otearon en la dirección señalada. Pasaron muchas jornadas en las que el sol asomó por el este y se ocultó por el oeste, en las que la espera vigilante sustituyó al sueño; se abandonó el laboreo de las tierras, los rebaños fueron dirigidos hacia las zonas altas, y los habitantes aislados se agruparon en los poblados, para sentirse más protegidos dentro de las murallas de piedra situadas sobre los acantilados o en lugares difícilmente accesibles para quienes desconocieran el terreno. La espera fue tensa. Se limpiaron las armas y se fabricaron nuevas a toda velocidad, reparando más en la solidez de las hojas y empuñaduras de hierro que en su belleza; se dispusieron trampas iguales a las usadas para la caza del oso, profundos agujeros en los cuales se clavaron estacas afiladas y se recubrieron con ramas para ocultarlos de las miradas no expertas;

se limpiaron las plataformas instaladas en los árboles y se llevó a ellas un gran número de lanzas y dardos. Hombres y mujeres en edad de combatir dejaron de lado sus labores habituales y se ejercitaron durante horas a fin de recuperar la destreza, algo olvidada durante los últimos tiempos, en los que la tierra que pisaban no había sido testigo de enfrentamientos.

Cada cual conocía su cometido, no hacía falta que nadie dirigiera la actividad febril que se adueñó de los astures durante la larga espera. Los herreros se turnaron día y noche para fabricar miles de puntas de lanzas y venablos, escudos y espadas; se recogieron bellotas de las encinas y avellanas para elaborar tortas con la harina obtenida; se sacrificaron animales y atraparon pescados para salar y secar al aire a fin de no carecer de alimento si la guerra duraba más de lo previsto; se llenaron grandes tinajas de barro con agua de los manantiales y se enterraron a medio cuerpo en el suelo terroso para mantener su pureza durante más tiempo; se apilaron grandes troncos para hacer leña y se guardaron en las cavidades de los montes y las profundidades de los bosques los objetos sagrados y los adornos de oro, plata y bronce que todos sabían que sería lo primero que los atacantes buscarían.

Cuando al anochecer volvían a reunirse en torno a las hogueras, olvidaban durante unas horas la razón de su actividad. Se escuchaba el sonido de pitos y de panderos, los Hombres Sabios relataban la historia de los dioses, los cantores recordaban epopeyas de tiempos antiguos, hombres, mujeres y niños bailaban hasta caer rendidos mientras las parejas desaparecían en la acogedora oscuridad de los alrededores.

Luam, jefe de los cilúrnigos de Noega, tribu luggona asentada a orillas del mar, sabía que aquel no sería un combate como otros. No sería uno más de los que escalonaban la historia de su pueblo y que desde antes de nacer él ya se hallaban grabados en el tronco del enorme tejo que extendía sus ramas protectoras sobre el poblado. Las marcas señalaban claramente las victorias y las derrotas, más las primeras que las segundas, se dijo con orgullo. Pero siempre habían sido luchas entre iguales y no era eso lo que anunciaban los cuernos y los numerosos refugiados de las tribus astures del Sur que habían podido escapar buscando amparo en las montañas altas.

La voz que traía el aire hablaba de miles de hombres, tantos que era imposible contarlos, llegados desde los confines de la Tierra, pertrechados con invencibles armas y armaduras, potentes caballerías y gigantescas máquinas de guerra. Soldados que ya habían vencido a béticos, lusitanos, vacceos, galaicos y arévacos, todos ellos valientes guerreros de tribus indómitas que habían sucumbido ante la fuerza de los conquistadores dispuestos a someter hasta el último de los hijos de Asturia.

El padre de su padre ya hablaba, y también lo habían hecho otros antes que él, de los invasores llegados por mar y tierra imponiendo su dominio. Los viajeros se referían a ellos con admiración; decían que eran invencibles, que procedían de un lugar regado por las aguas del mar y el fuego de los volcanes; que sus guerreros habían conquistado el mundo entero, que eran capaces de cambiar el rumbo de los ríos, que sus vías empedradas atravesaban los montes más altos y los valles más alejados, que sus máquinas de guerra eran artefactos poderosos capaces de destruir las murallas más sólidas.

Los pueblos de las costas occidentales, los galaicos, ya se habían enfrentado a ellos y habían perdido gran parte de sus tierras.

Las tribus que habitaban a ambos lados de los montes nevados que se extendían por el este, allí donde acababa el mar, luchaban con mayor o menor fortuna, y sus propias tribus hermanas del sur caían una tras otra. Los ancianos de Noega aseguraban que nunca llegarían hasta ellos, que los dioses los protegerían como ya antes lo habían hecho en incontables ocasiones, que las aguas llegarían a las cumbres de las montañas antes de que lo hicieran las armas romanas, pero él no estaba muy seguro de que así fuera.

Contemplaba desde el otero situado frente al poblado la actividad de sus habitantes moviéndose de un lado para otro como en un hormiguero en plena tarea. La vida no era fácil en aquellas latitudes, las tierras de labranza eran escasas y su producción también lo era: lino, mijo, escanda, cebada, habas y verduras y poco más, cultivos que dependían de los caprichos de la madre Naturaleza. También dedicaban tiempo a la recolección de nueces, avellanas y, especialmente, bellotas de la encina que dejaban secar y machacaban para hacer harina y con esta pan. Pero no podían quejarse, se dijo convencido. En sus bosques abundaba la caza y la pesca en sus ríos. Desvió la mirada para contemplar el mar inmenso que se extendía ante sus ojos. Los surtía de mariscos y peces, pero era un oficio peligroso porque uno nunca podía estar seguro sumergiéndose entre las rocas o balanceándose dentro de los botes de piel a merced de las aguas profundas.

Su mirada se dirigió nuevamente al poblado. Confiaba en su gente, no lo defraudaría, de eso estaba seguro, pero temía su reacción en cuanto avistasen las temibles tropas enemigas anunciadas por los cuernos y que poco se parecían a los vecinos con los que se enfrentaban de vez en cuando.

—Los presagios no son buenos.

Luam tuvo un sobresalto al escuchar la voz grave de Madeg, el Hombre Sabio, a sus espaldas; apretó los dientes y se giró.

—¿Qué dicen?

El anciano contempló el cielo durante un rato antes de responder. El viento arreciaba sin tregua; las nubes transcurrían veloces en todas las direcciones, chocando entre ellas y recomendando su viaje; las gaviotas del acantilado chillaban nerviosas llenando el aire con sus gritos y girando por encima de las cabezas de los dos hombres como si hubieran perdido el rumbo. No había paz en el cielo como tampoco la había en la tierra.

—Los presagios no son buenos —repitió—. El aire trae olor a sangre, el caudal de los ríos ha descendido y la última luna estaba teñida de rojo. La diosa no está contenta.

—¿En qué la hemos ofendido?

—¿Quién sabe? El humor de los dioses es frágil. Es como el clima de estas tierras, tan pronto luce el sol como cae la lluvia durante meses...

—Haremos sacrificios para contentarla.

—Puede que sirva de algo... Aunque mucho me temo que los tiempos están cambiando y que veremos mayores cambios en un futuro no muy lejano.

—Los cuernos...

—Anuncian la catástrofe —lo interrumpió Madeg—. Llevo oyéndolos desde el primer día en que su voz rompió la quietud de nuestros valles y montes. Han pasado muchos inviernos desde entonces y nuestras tribus hermanas van cayendo una a una.

—¿Crees que es verdad? ¿Crees que esta vez son miles?

—Si lo dicen, así será.

—¿Y qué podemos hacer? —insistió el jefe, esperando una respuesta que iluminase sus oscuros pensamientos.

—Lo que siempre hemos hecho, lo que ya antes hicieron nuestros padres y también los suyos. Luchar.

Permanecieron un rato en silencio. Luam contempló las elevaciones de la Sierra de los Vientos y su pensamiento se detuvo en las altas cumbres que, más allá, igual que un enorme muro de defensa, separaban sus tierras de las hordas conquistadoras.

—Primero tendrán que atravesar las montañas...

—Escuchas mal la voz de los cuernos —replicó el anciano—. Las atravesarán, como ya han atravesado montañas aún más altas, y arrasarán todo lo que hallen en su camino. No quedará ninguna tribu. Nuestras gentes serán aniquiladas o, lo que es peor, perderán su libertad.

El guerrero miró al Hombre Sabio con el alma sobrecogida por la firmeza que denotaba el tono de su voz.

—Así pues, es el fin.

—¿Qué es el fin?

—Todos moriremos.

—La muerte no existe. Pronto has olvidado lo que te enseñé cuando no levantabas una vara del suelo y te elegí futuro jefe de nuestro pueblo. Los cuerpos se transforman, cambian, pero no mueren.

—Morirá nuestra forma de vida —insistió Luam.

—Se transformará —insistió el Hombre Sabio a su vez—. Los seres no desaparecen, únicamente se transforman. Si debemos desaparecer bajo nuestra apariencia actual, tomaremos otra y continuaremos viviendo. Hablaremos otras lenguas, mezclaremos nuestra sangre con otras e incluso, tal vez, adoremos a otros dioses, pero seguiremos vivos. Mientras uno solo de nosotros permanezca, también permanecerá la herencia de nuestros antepasados.

—Entonces... ¿por qué luchar?

—Porque así nos será permitida la entrada a Letavia, la morada divina. Ningún cobarde, ningún traidor a su pueblo podrá encontrarla jamás y vagará sin destino para siempre por esta tierra. Defenderemos nuestra libertad porque es el don más precioso que poseemos y posiblemente la perderemos, pero aun así honraremos a nuestros dioses y habremos hecho todo lo posible por preservar la memoria de los que nos precedieron y lo que ellos nos legaron.

Permanecieron de nuevo en silencio, cada uno de ellos inmerso en sus propias cavilaciones. El jefe, joven y musculoso, vestido con una sencilla túnica corta de lana, que lucía al cuello el torque de oro en cuyos extremos dos cabezas de serpiente con las fauces abiertas parecían dispuestas a tragarse la una a la otra. Y el Hombre Sabio, anciano y frágil, de largos cabellos y barba blanca cuya única señal de su dignidad era la túnica de lino sin costuras que cubría su cuerpo desde el cuello hasta los pies y el báculo hecho con madera de avellano y repleto de extraños signos heredado de sus antecesores.

Luam no acababa de ver muy claro aquello de la transformación. No entendía cómo podrían seguir libres si luchaban y morían en el intento, aunque nunca se atrevería a decirlo en voz alta por temor a que los dioses del bosque y las diosas del agua pudieran escucharlo y condenarlo a vagar sin destino, tal y como Madeg acababa de decir. Para él lo más importante era el momento actual, la amenaza que llegaba, la seguridad de su pueblo. ¿Cómo hacer frente a un ataque de los invasores cuyas formas de lucha desconocían? Tal vez había llegado el momento de dejar viejos rencores, hablar con los jefes de las tribus vecinas y llegar a un acuerdo con ellos para enfrentarse al enemigo común. Porque, de eso estaba seguro, el enemigo anunciado por los cuernos no iría únicamente contra los luggones del Norte,

también atacaría a las tribus hermanas de los péscicos, amacos, lánccios, tíburos y bedunienses, al igual que ya había atacado y derrotado a los luggones del Sur, gigurros, superatos, orniacos y brigécios. Hora era pues de convocar una asamblea. Se detuvo un momento pensando en el jefe de los orgenomescos, sus vecinos por el Este, al otro lado del río Salia, que ya en varias ocasiones había faltado a su palabra, entablando acuerdos con tribus enemigas en contra de los hijos de Asturia. Ciertamente que los orgenomescos no eran astures sino cántabros, sin embargo, se dijo respondiendo a su propio razonamiento, el peligro era demasiado grande como para dejar de lado a una de las tribus más numerosas y belicosas del Norte igualmente amenazada por los invasores. Pediría a Corocotta que acudiese a la asamblea, pero no lo perdería de vista y, a la menor vacilación, no dudaría en apartarlo o incluso matarlo si fuera necesario.

Madeg, por su parte, también meditó sobre los fatales augurios que una y otra vez mostraban un futuro negro como una noche sin luna. Había insistido, repetido sus preces, ofrecido sacrificios a Lug, el poderoso, y a la diosa Deva, madre y protectora de su tribu. La respuesta había helado su sangre y embotado su espíritu. La diosa no respondía a sus oraciones y cuando lo hacía, el humo negro de la ara de los sacrificios o las oscurecidas entrañas del salmón pescado en el río de su mismo nombre no dejaban dudas en cuanto al mañana que esperaba a su pueblo. Se había retirado al santuario oculto en medio de un profundo bosque, a poca distancia de Noega, lugar sagrado al que únicamente tenía acceso la casta de los Hombres Sabios, pero ni el ayuno, ni la meditación habían logrado obtener una respuesta positiva. Calló a fin de no atribular a su pueblo y añadir mayor zozobra a la que ya atenazaba el espíritu de los cirlúrnigos que se disponían a la lucha, pero era demasiado viejo

para no saber que nada bueno traía el viento. Pensó que quizás la diosa estaba disgustada porque su pueblo había dejado de ofrecer sacrificios humanos en el altar de los dioses, pero rechazó tal posibilidad. Eran muchas ya las lunas en las que la piedra sagrada no se había cubierto de sangre humana, y nunca hasta ahora habían sido los augurios tan negativos.

Recordó los gritos del último sacrificado en el poblado, un prisionero albión, cuando él era muy joven, justo un poco antes de haber sido aceptado entre los Hombres Sabios, y la repulsa que le produjo ver a un hombre degollado como un carnero aunque fuera un enemigo. Aunque los sacrificios humanos tenían lugar en ocasiones excepcionales, él estaba convencido de que igualmente podía leerse el futuro en las entrañas de un animal. Suspiró aliviado al conocer la decisión de la asamblea de los sabios de acabar con aquellas prácticas cruentas que le evitarían tener que llevar a cabo dichas ceremonias y, aunque se escucharon algunas voces discordantes, la victoria de los luggones sobre los pélicos poco después no hizo sino afirmar la creencia de que los dioses estaban satisfechos. Desde entonces se sustituyó el degüello por una ceremonia en la que el hombre consagrado era golpeado en el diafragma con una espada de guerra. Se predecía el futuro interpretando la forma cómo hubiera caído, cómo movía las piernas o cómo le brotaba la sangre.

Pero ¿y si Deva o Belesama o, muy especialmente, Coso, el dios de la guerra, o cualquiera de los otros dioses no estaban conformes? Era de sobra conocido el hecho de que en el Mundo Mágico no todo era paz y alegría, también existían disputas que desembocaban en violentas confrontaciones y llegaban a la tierra de los mortales en forma de grandes tormentas. En dichas ocasiones, los ríos se desbordaban arrastrando todo lo que encontraban a su paso, las rocas de las montañas caían como si

fueran simples guijarros y muchos árboles eran arrancados de la tierra con todas sus raíces.

Recordó que pronto tendría lugar la fiesta del *Beltane*, el Gran Fuego, la llegada del buen tiempo, y una débil sonrisa iluminó su rostro arrugado. Se encenderían hogueras de varios tamaños y los cilúrnigos de todas las edades las atravesarían para así quedar libres de la enfermedad. Ordenaría que el poblado se vistiera de fiesta, que los cantos y las danzas en honor a Lug, el dios de dioses del cual su tribu, la más numerosa, era orgullosa descendiente, durasen varios días, que fuera sacrificado el macho cabrío más hermoso de los rebaños y que todos los cilúrnigos, sin faltar uno, elevaran sus preces solicitando su protección y el de su diosa. Tal vez los augurios cambiaran, tal vez Deva escuchara complacida los ruegos de su pueblo, tal vez...

—Regresemos —dijo Luam.

Su voz rompió el silencio del atardecer envuelto en los reflejos dorados y rojos de las últimas luces solares.

—Ve tú —respondió Madeg—. Yo no subiré al poblado hasta la víspera del Gran Fuego. Ordena que todo esté dispuesto para la ceremonia.

—¿Qué harás mientras tanto?

—Buscar una respuesta.

Los dos hombres se separaron sin despedirse. El jefe se dirigió hacia el poblado, mientras el Hombre Sabio descendía por la vereda que llevaba al santuario de la diosa Deva.

Tal y como lo había decidido, Luam envió emisarios a todos los jefes de las tribus vecinas más importantes y esperó impaciente su respuesta. También envió mensajeros a las tribus del

otro lado de las montañas y a los refugiados que por miles habían hallado cobijo en ellas. Los invitaba a reunirse en Noega para participar en las celebraciones que señalaban la llegada del buen tiempo. Bajo la protección de Lug, indicaba en su mensaje, decidirían el camino a seguir y tomarían decisiones en las que estaba en juego su propia supervivencia.

Aunque impaciente a la espera de que su llamada fuera atendida, el jefe de los cilúrnigos, conocidos por su habilidad en la fabricación de calderos de bronce, no dejó que sus gentes notaran su ansiedad y, sin perder de vista los preparativos para la guerra, ordenó que todos, hombres y mujeres, ancianos y niños, iniciaran los preparativos para celebrar la fiesta. La ocasión era muy importante y tal vez pasaran muchas lunas antes de que pudieran reunirse de nuevo para una nueva celebración. Algunos guerreros se atrevieron a expresar en voz alta que, ante el aviso de un ataque por parte de los invasores, quizás fuera más sabio continuar disponiendo el combate. La mirada penetrante del jefe secó sus gargantas, y ya nadie más osó poner en duda la oportunidad del festejo.

El poblado bullía de animación, y Luam se alegró de que su pueblo olvidara durante algún tiempo la amenaza que se cernía sobre sus cabezas y sobre su futuro. También él olvidaba sus temores cuando su mirada se cruzaba con la de su compañera; sus ojos se achicaban y tenía que hacer un gran esfuerzo para no sonreír y no perder su seriedad habitual. No había momento del día en el que no quisiera tenerla junto a él. No había nada comparable a sentir su cuerpo bajo la cálida piel de oso que los abrigaba en la intimidad de su cabaña o cuando, como dos niños traviosos, se alejaban del poblado e iban a ocultarse en el bosque para allí, sobre una cama de hojas de roble, haya y ave llano dar rienda suelta al deseo del uno por el otro.

Lenore y él se habían prometido tiempo atrás, poco después de que el Hombre Sabio hubiera sacrificado la mejor res del rebaño, despellejado al animal con sus propias manos, comido su carne y se hubiera envuelto en su piel durante varias jornadas a la espera de que los dioses le indicaran quién habría de ser el sucesor del jefe Boazel. Un atardecer, al fin, emergió de la piel del animal y recorrió lentamente con su mirada a los jóvenes que, sentados en círculo a su alrededor, comiendo y durmiendo en sus puestos, esperaban pacientemente su decisión. Madeg era entonces un hombre de mediana edad, pero sus largas estancias en el santuario y su dieta, bellotas, raíces y agua, lo hacían parecer mucho más viejo. Verlo allí, de pie, con el cuerpo enjuto cubierto con la sangre reseca del animal sacrificado y la larga caballera al viento, hacía pensar en un espíritu del Mundo Mágico, de los que se decía recorrían la tierra de los vivos, y más de uno sintió que se le erizaba el vello de la piel. Los demás habitantes del poblado se habían aproximado al círculo y esperaban anhelantes a que hablara. Finalmente, alzó la mano y lo señaló a él con su dedo índice.

—Tú, Luam, hijo de Oven de los cilúrnigos, de la tribu de los luggones y de la familia de los cazadores de caballos, eres el elegido.

Todavía recordaba, después de tanto tiempo, el miedo y la emoción que habían embargado sus sentidos; las piernas no lo obedecían y la cabeza le daba vueltas. Trece veces se habían celebrado las fiestas del invierno desde el momento de su nacimiento y doce cuando fue declarado adulto después de pasar la prueba.

Siguiendo la costumbre de su pueblo no se había educado en la casa de sus padres, sino en la de los Elegidos, los jóvenes a los que se preparaba para la caza y la guerra. Allí había aprendido a

utilizar todo tipo de armas: cuchillos, espadas, lanzas, hondas y hachas; la mejor manera de construir trampas, cepos y atalayas; el arte de disimularse entre los árboles como si él mismo fuera uno de ellos y el de imitar la voz de las aves, ciervos, jabalíes e incluso osos; a atrapar, domar y montar a los caballos salvajes cuyas manadas pacían en las zonas altas. En fin, todo aquello que pudiera ser de alguna utilidad al pueblo al que debería proporcionar alimentos y defender el resto de su vida.

Un amanecer, el Hombre Sabio pintó un círculo en su frente tras haber untado sus dedos en la sangre de un toro recién sacrificado, le hizo entrega de un cuchillo y un venablo, un pellejo de agua y una torta de bellota, invocó a los dioses protectores y le indicó que montara a la grupa del caballo de Oven. Cabalgaron hasta la puesta del sol, cruzaron ríos, atravesaron bosques y subieron y bajaron montes y lomas. Su padre detuvo el caballo cuando sus cortas piernas apenas podían ya aferrarse a los lomos del animal.

—Regresa con bien.

Fue lo único que dijo el guerrero antes de girar la montura y volver sobre sus pasos.

Su primera reacción fue echar a correr siguiendo las huellas marcadas en el barro que cubría la estrecha vereda, pero sus piernas agarrotadas por la larga cabalgada se negaron a responder y en lugar de avanzar, se doblaron y cayó redondo al suelo. Una risa tonta se apoderó de él recordando que algo parecido le había ocurrido a su amigo Ael durante la última fiesta celebrada en el poblado quien, para ganar una apuesta, se había bebido tres cuencos grandes de cerveza caliente y había ido dando tumbos hasta caer sobre el adorno floral central de la casa del jefe Boazel. No solamente no ganó la apuesta sino que, cuando despertó del mareo, fue castigado a ayudar a las madres recién

paridas durante una luna entera y tuvo que soportar las risas y bromas de todos los que lo veían realizando labores propias de mujeres.

—Un hombre borracho, y más si es un guerrero, es tan vulnerable como un niño recién nacido, está a merced del enemigo y su pueblo no puede contar con él para que lo defienda —le dijo Madeg antes de señalarle el castigo—. Espero que esto te sirva de lección y no vuelvas a cometer el mismo error.

Dejó de pensar en su amigo para pensar en sí mismo y la mejor forma de regresar a casa. Visto lo cansado que estaba y que pronto la oscuridad sería total, puesto que no había en el cielo ni un solo resquicio que permitiera el paso de la luz lunar, lo más acertado era quedarse donde estaba, descansar y esperar a que amaneciera. Trepó a un roble viejo de anchas ramas y se dispuso a pasar la noche de la mejor manera posible, amarrándose, por si acaso, a una rama con su propio cinto de lino trenzado.

El regreso al poblado fue tan penoso como se suponía debía de ser la prueba que hacía un hombre de un muchacho. Varias veces se encontró perdido y creyó que jamás hallaría la senda que lo llevaría de vuelta con los suyos; las abarcas de piel curada se abrieron y las ampollas no tardaron en aparecer en la planta de sus pies; el cuchillo que llevaba no era suficiente para despejar matos y espinos, y tanto su cara como sus brazos mostraban señales de múltiples arañazos. El agua y el pan se acabaron en su segunda jornada de viaje y tuvo que amañárselas para conseguir alimento. Comió bellotas, avellanas y nueces, bebió el agua que resbalaba por las rocas y de algo le valió ser el mejor trampero del grupo de jóvenes que aprendían en la Casa de los Elegidos. No tardó en preparar una trampa sirviéndose del cuchillo y de unas cuantas ramas unidas entre sí mediante

juncos o mimbres y consiguió atrapar una liebre que asó y comió con avidez.

La única ocasión de verdadero peligro fue su encuentro con un par de jabalíes, macho y hembra, que comenzaron a resoplar y a batir sus pezuñas contra el suelo, dispuestos a lanzarse contra él y a despedazarlo con sus colmillos. No se lo pensó dos veces y, antes de que los animales iniciaran su carrera, se subió al primer árbol que encontró a mano y esperó pacientemente.

—La paciencia es una virtud tan importante o más que el valor —solía decirles el Hombre Sabio—. De nada vale tener esto último, cuando las circunstancias son adversas.

Aquella era una circunstancia adversa. Aunque los animales esperaron durante mucho tiempo dando vueltas alrededor del árbol e, incluso, embistiendo contra él, finalmente se cansaron y desaparecieron entre la hojarasca. Él también esperó tras su marcha, reteniendo la respiración y agudizando el oído a fin de escuchar el menor ruido y solo bajó de su altura cuando estuvo seguro de que, en efecto, las dos bestias se habían marchado. Se embadurnó con sus excrementos a fin de evitar que pudieran olerlo y siguió sus huellas a lo largo de una senda de hojas pisoteadas. Durante casi media jornada observó a la pequeña manada compuesta por los dos adultos y media docena de crías guarecidos en una covacha. Aprovechó la ocasión en la que la hembra amamantaba a sus jabatos y en la que el macho se había acercado al río para beber. Silencioso como una culebra y tan rápido como ella, se acercó él también al río y, oculto tras unas matas, calibró la distancia que lo separaba del animal, alzó lentamente su venablo, cerró el ojo izquierdo y apuntó. El jabalí cayó desplomado sin emitir ni un leve gruñido; la lanza lo atravesó de parte a parte. Se acercó a su víctima tan calladamente como la había seguido y le cercenó el

cuello con el cuchillo. Después, se introdujo en el río y procuró alejarse de allí lo más rápidamente posible.

Estaba tan cansado que apenas dedicó más de un pensamiento a la cabeza de jabalí que arrastraba por el suelo. Era creencia entre los suyos que el fiero animal confería energía, fuerza y temeridad en el combate al guerrero que lograba vencerlo. De haberse hallado más cerca, todo el poblado habría participado en un banquete en su honor y a él le habría correspondido el mejor bocado. Por el momento, se conformaba con poder seguir avanzando hasta encontrar una pista que lo condujera a Noega.

La visión del río Piles que conocía casi mejor que la palma de su propia mano por haberlo recorrido en infinidad de ocasiones, corriendo por sus orillas y navegándolo en su pequeña canoa de piel, lo hizo olvidar las penalidades y miserias sufridas durante tantas jornadas. Ascendió por la colina en un último esfuerzo y entró en el poblado arrastrando los pies sin apenas fuerzas para sostener la cabeza del animal, asociado a los guerreros y manifestación del dios Lug, que dejó finalmente sobre la piedra de los sacrificios. Sin prestar atención a los saludos de bienvenida, se dirigió a la Casa de los Elegidos y se quedó inmediatamente dormido en su rincón, sobre el montón de paja seca cubierto por una manta de lana de diversos colores que su madre había tejido para él cuando dejó la cabaña en la que había nacido.

Al día siguiente, acompañado por los hombres del poblado con el jefe Boazel a la cabeza, fue conducido al río; entró desnudo en el agua helada, y el Hombre Sabio presentó al nuevo guerrero a la diosa Deva.